

MARISA OSUNA AYALA



NOS FALTARON PALABRAS



Capítulo 1

De nuevo llegó septiembre, y con él, nuestra ansiada semana de vacaciones. En dos días saldremos para Córdoba y eso me hace inmensamente feliz, sin embargo, no puedo evitar un choque de emociones que vienen y van a su antojo; son demasiadas juntas, demasiados recuerdos quizás. Demasiadas preguntas que me hago a mí misma después de tanto tiempo. Ya lo sé, a veces uno espera demasiado. En todos los sentidos.

De nuevo, agosto volvió a poner patas arriba nuestro día a día; y yo que pensaba que después de lo que descubrimos el año pasado, nada más podría sorprendernos...

Hace menos de cuatro semanas, lo que más me preocupaba (si es que a eso puede llamársele preocupación) era encontrar algo adecuado para proteger la mesa del salón de la abuela y no correr el riesgo de estropearla mientras trabajo; eso sí que no me lo perdonaría nunca. ¡Me emocioné tanto cuando mis tíos me propusieron que cambiase mi garaje por el salón donde hemos vivido tantas cosas bonitas!

Últimamente se pasaba la mayoría del tiempo a oscuras, pero ahora las ventanas se abren al menos cinco días por semana, casi como antes de que la abuela faltase. Las casas del barrio siempre tuvieron mucha luz en su interior, aunque de vez en cuando a quienes vivíamos en ellas se nos volviese más

tenue, o incluso en las situaciones más dolorosas, apenas fuésemos capaces de apreciarla. Solo espero que, a nuestra vuelta de Córdoba, todo siga tal y como la dejamos ahora. Aún sigo felizizcándome para tener la certeza de que no es otro de mis sueños. Que realmente está sucediendo.

Todo comenzó un mes antes, el 2 de agosto para ser exactos, de madrugada. Los faros de un coche que se encontraba aparcado en la acera de enfrente a su vivienda, iluminaban el dormitorio donde Jimena y Miguel dormían. Ni siquiera había empezado a amanecer, de hecho, aún faltaba alrededor de una hora para que eso sucediese. Por segunda noche consecutiva, el sueño de Jimena se había ido al traste, en cambio, Miguel ni siquiera se había inmutado, seguía dormido totalmente ajeno, de espaldas a la ventana con la boca entreabierta. El vehículo no tardó en salir del aparcamiento, pero eso ya daba igual, el daño estaba hecho, y Jimena sabía de antemano que no había nada que hacer, sus horas de sueño aquella noche habían acabado. Aun así, lo intentó durante diez minutos, y a continuación, decidió levantarse de la cama e intentar dar la vuelta a la situación; nada más relajante que un ratito de silencio en el porche con una taza de café recién hecho entre las manos. Una vez allí, siguió el mismo ritual de siempre, echó un vistazo a su alrededor antes de llevarse la taza a los labios, y después se recostó sobre el respaldo de la silla. Allí no había ni un alma, hasta cinco minutos después.

El vecino del 17 salió de su vivienda con su perro. Al llegar a la altura de su casa, el hombre le dio los buenos días, incluso tuvieron un par de minutos para comentar el atropellado despertar de ella, para el cual, su vecino, tuvo una explicación. Según él, el culpable de su desvelo aquella madrugada y la anterior ni siquiera vivía en la zona, sino dos calles más abajo. Por las obras que el ayuntamiento estaba llevando a cabo muy cerca del bulevar, y que habían reducido el número de aparcamientos, los que vivían por allí andaban mareados por encontrar un sitio donde aparcar, y aquel le debió venir como anillo al dedo, porque la mayoría de los días estaba libre. Jimena supo entonces lo que le esperaba durante una temporada.

El vecino no tuvo tiempo de más, su mascota comenzó a tirar de la correa de tal forma que acabó llevándose casi en volandas por la calle hasta llegar a la esquina, donde desaparecieron. Ella siguió allí, disfrutando otra vez de la tranquilidad y de aquel despertar con el que cada vez estaba menos enfadada. Ya casi comenzaba a amanecer, y la temperatura no estaba mal. La vida parecía maravillosa vista desde aquella silla y en aquel instante. Por un momento, olvidó cualquier otra cosa que no fuese el silencio. Hasta que otro de los vecinos apareció en escena cargando a su hijo en brazos. El pobre niño, medio dormido, lloraba sin parar mientras su padre intentaba consolarlo sin éxito. Solo cuando este logró introducirlo en el asiento trasero de su automóvil y cerrar la puerta,

dejó de escucharse el llanto. Poco después, un gran portazo la sobresaltó; algún vecino debía tener un problemilla con la puerta de su vivienda o con alguien en particular. «Seguro que ha despertado a medio vecindario», pensó.

El bendito momento del que había disfrutado hasta entonces, llegaba a su fin. Era hora de volver a entrar. Subió los tres escalones que separaban el porche y se metió en casa.

Al entrar en la cocina, observó la hora en el reloj que había en la pared: las 07:15. El despertador de su dormitorio estaría a punto de sonar, así que dejó la taza en el fregadero y fue a la planta de arriba. Miguel siempre tardaba en enterarse de la alarma, lo mejor era estar allí cuanto antes.

Para su sorpresa, él ya estaba despierto, y al no verla acostada, comenzó a llamarla sin alzar demasiado la voz para no despertar a los chicos.

—¿Tú, despierto ya? —exclamó Jimena al llegar al dormitorio.

—¡Pues como siempre! —sonrió él—. ¿Desde cuándo llevas levantada?

—Desde las seis, despierta desde la seis menos cuatro. Esta noche bajo la persiana o me pongo un antifaz.

—¿Otra vez el de los faros? —preguntó él.

—¡Sí, otra vez! Y mucho me temo que no será la última —respondió ella resignada.

—Pues yo no me he enterado. Ni de los faros ni tampoco cuando te has levantado.

—¡Ya! —contestó Jimena mientras observaba cómo él ponía los pies en el suelo buscando sus zapatillas.

—Bueno, pues habrá que bajar a tomar ese café de puchero —añadió Miguel levantándose de la cama.

Ya en la cocina, y de forma relajada, tuvieron el tiempo suficiente para prepararse unas riquísimas tostadas y charlar un rato, antes de que alguno de los chicos se uniese a ellos.

El primero en hacerlo fue su hijo Carlos, como de costumbre, rascándose la tripa con la mano metida bajo la camiseta del pijama. Desganado, avanzó hasta la mesa.

—¡Hola parejilla! —dijo aún dormido—. ¿Ya habéis desayunado? —preguntó al ver los restos de pan en el plato junto a las dos tazas vacías.

—¡Buenos días, hijo! Sí, anda, siéntate y termina de abrir los ojos que ya te lo preparo yo —exclamó Miguel apiadándose del muchacho.

—¡Ay sí, te debo una! —respiró agradecido dejándose caer en la silla.

—¿Solo una, hijo? —no tardó en recordarle Miguel—. Hay alguna cosilla por ahí... —insinuó.

—¡Lo que necesites, papá! —cedió Carlos sin rechistar mientras le ponían el desayuno en la mesa.

Ángela llegó poco después, enérgica como siempre, dando los buenos días mientras se dirigía a coger su taza.

—¡Buenos días, hija! Calienta bien la leche, lleva preparado un buen rato.

—¿Y eso? —preguntó extrañada mirando el reloj de la cocina—. Tampoco es tan tarde. ¿Habéis madrugado más de la cuenta?

—¡Mamá, que hoy quería llevarnos la delantera! —bromeó Miguel.

—Reconozco que, aunque al principio me sentó como un tiro, ese ratito de tranquilidad mientras tomaba el café ahí fuera, me ha sabido a gloria. No había ni un alma, la calle era toda mía, hasta que apareció el vecino de enfrente. El que suele estrenar la calle todas las mañanas.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —bromeó Carlos—: al que madruga...

—Pues a ver si vas tomando nota, hijo —sonrió Miguel aprovechando la ocasión. A lo que Carlos respondió con una mueca:

—La verdad es que estuve a punto de abrir la verja y salir a dar un paseo, pero el impulso me duró poco. ¡Estaba tan a gusto ahí sentadita! —afirmó.

Un día más, el desayuno se alargó más de la cuenta, solía suceder cuando los cuatro, además de coincidir, encontraban un tema al que sacarle jugo. Conscientes de la hora, comenzaron a levantarse de sus sillas y desalojar la mesa. Los chicos habían hecho planes para esa misma mañana, Miguel debía ir al trabajo, y Jimena tampoco tardaría en salir de casa. Debía atravesar el parque. Al otro lado le esperaban un par de patrones que cortar, entre otras muchas cosas que quería dejar adelantadas esa misma mañana.

El paseo hasta allí, era la consecuencia de haber tomado una de las decisiones de su vida. Los árboles del viejo parque se convertían en un auténtico regalo, sobre todo en verano y a eso del mediodía, cuando tenía que volver a casa...

El viejo parque siempre había estado ahí, formando parte de sus vidas, tanto como el barrio donde ella y sus hermanos habían crecido. Un sitio donde la gente aún sacaba la silla a la puerta de su casa en las noches de verano. Donde la gran parte de los vecinos se saludaban por su nombre al verse.

A dos casas de distancia, Jimena fue sacando el manojito de llaves de su bolso de mano, y una vez hubo llegado a su destino, lo primero que hizo fue abrir el buzón como de costumbre; raro era el día que se lo encontraba vacío, y ese día no iba a ser una excepción: una factura de luz, unos cuantos folletos publicitarios, y un sobre cerrado en el que podía leerse su nombre y aquella dirección escritos a bolígrafo de color azul. Extrañada, dio la vuelta a dicho sobre preguntándose quién sería el remitente. Hacía años que ella no residía allí, y tan solo su familia y alguno de los vecinos más cercanos conocían su intención de pasar más tiempo en la casa donde había vivido parte de su infancia. Pero para más intriga, en el reverso del sobre no había nada, estaba en blanco. Esto no hizo más que incrementar los interrogantes, provocando con

ello cierta prisa por entrar en la casa para soltar todo lo demás que llevaba en las manos.

Una vez dentro, por fin pudo despojarse de todo. Buscó el lugar donde la luz entraba con más fuerza. ¡La cocina! Y allí, delante de la ventana, abrió el sobre esperando no encontrarse nada raro, como la nota de un loco o algo así. Lo cierto es que aquello era un poco raro, jamás hubiese imaginado lo que finalmente encontró dentro. No podía creerlo, incluso tuvo que volver a leer las primeras líneas del escrito para comprender que sí, que estaba sucediendo.

¡Queridísima amiga! Espero que cuando esta carta llegue a tus manos, estés bien. Si todo va como espero, esta será la carta que llevo tanto tiempo queriendo enviar. ¡Si supieses todas las que te he escrito...! Pero siempre han ido a parar al mismo lugar, aun siendo muy consciente que en algún momento tendría que hacerlo. Dar el gran paso. Hace un par de semanas estuve a punto, pero nuevamente volví a flaquear. De vez en cuando vuelven los recuerdos, y con ellos nuestro barrio, nuestras tardes de merienda sentadas en el muro, y nuestros juegos de chiquillas. ¡Se nos ocurrían unas cosas! ¡Bueno, más bien a ti! Nunca olvidaré aquella tarde en el parque, cuando una cosa horrible comenzó a caminar por el respaldo del banco donde estábamos sentadas con Bea, ¿recuerdas? ¡¡UNA TARÁNTULA, UNA TARÁNTULA!!, gritaste. Me tiré más de una semana sin querer sentarme

en ningunos de los bancos del parque, parecías hacerlo a posta ja, ja. De nada servía que después intentases convencerme de que, en realidad, era una arañita de nada y no iba a hacerme ningún daño. Tú siempre fuiste más valiente que yo.

Durante todo este tiempo, he intentado ser valiente y luchar contra mis miedos y mis inseguridades, es duro, pero cada día doy un paso más, me siento un poco más fuerte, creo que lo estoy consiguiendo, solo me falta ese último empujón. Tengo tantas cosas que contarte... Como cuando éramos niñas, ¿recuerdas? Como antes de la tormenta. Nos apoyábamos la una en la otra. Ha pasado tanto tiempo desde aquella última vez que nos vimos... La llevó clavada en mi corazón. Me hubiese gustado poder despedirme de ti, pero todo sucedió tan rápido...

Hemos pensado volver a mudarnos a Madrid, de donde creo, no teníamos que haber salido nunca. Pero ya sabes, las circunstancias son las que suelen tomar las riendas. ¡Ya está todo arreglado!

El próximo domingo a las 11:30 h no pienso faltar a mi cita en el banco de la famosa tarántula. Me consta que el parque sigue tal cual estaba hace años.

¡Cruzaré los dedos para encontrarte allí! Te espero, amiga.

Maribel

Para cuando terminó de leer, sus ojos ya habían comenzado a humedecerse y tuvo que echar mano de un trozo de papel de cocina que había en la encimera.

¿Por qué narices no era ya domingo? De ser así, solo faltarían menos de dos horas para encontrarse con ella, pero lo cierto era que, para eso, aún faltaban unos cuantos días. ¿Cómo sería capaz de combatir la impaciencia al saber que Maribel estaba a punto de volver? Si al menos tuviese una dirección donde poder mandar-le una respuesta, decirle que por supuesto ella estaría allí esperándola. Resignada, no tuvo más remedio que conformarse con suspirar mientras apretaba la carta de Maribel contra su pecho, sin llegar a imaginar que, desde la calle, alguien la observaba. Había seguido cada uno de sus movimientos desde el mismo instante en el que Jimena había aparecido con las llaves en la mano dispuesta a abrir el buzón. Y no se marchó de allí hasta que ella se retiró de la ventana mientras guardaba la carta en el sobre.

Aquella mañana no fue una más. Intentó llevar a cabo alguna de las enseñanzas que sus mayores le habían inculcado siendo niña, la mayoría de las veces funcionaba, pero había que trabajárselo. «Todo llega en su debido momento», se repetía una y otra vez mientras intentaba concentrarse en lo que estaba haciendo. ¡Habían transcurrido veintiséis años! ¿Cómo no iba a poder esperar unos días más para poder abrazarla de nuevo? Al menos sabía que Maribel aún vivía.

Desde que la familia Sánchez había desaparecido del barrio de la noche a la mañana, el misterio y las especulaciones fueron varias. Los más cotillas inventaron historias absurdas que nada tenían que ver con la realidad. Los más allegados solo esperaban su regreso, aunque año tras año solo encontrasen una casa cerrada.

